

## EL ARTE DE VESTIR

Matías Purcell Echeverría\*



Este 2016 se cumplen diez años de la baja del servicio del DLH 12 “*Almirante Cochrane*”, el último destructor de la Marina de Chile. Tuve, a mucha honra, el poco común privilegio de haber sido, como teniente segundo, parte de la primera dotación que lo fue a buscar a Portsmouth, Inglaterra en 1984 y también, como capitán de navío, haber sido su último comandante en el 2006.

Me desempeñé 8 años de mi vida en el viejo y querido destructor y puedo dar fe que ese buque en particular y los otros tres hermanos de su clase “*Prat*”, “*Latorre*” y “*Blanco*” eran una extraordinaria escuela de guerreros y marinos. Con la mirada romántica que da el retiro, recuerdo con nostalgia las dotaciones grandes de 400 hombres y las cámaras de 40 oficiales. Estos grupos humanos se llenaban de anécdotas, vivencias, camaradería e historias marineras.

Hoy quiero compartir en estas líneas una de ellas. En la primera oportunidad en que desarrollando nuestro entrenamiento permanecemos a la gira, con toda la dotación a bordo, en mi calidad de comandante, me reuní con los oficiales en la cámara. Compartiendo distintos temas, afloró la inquietud de los tenientes segundos de liberalizar las reglas vigentes para los oficiales respecto de la tenida de civil que se debía vestir para salir franco o recogerse al buque. Los argumentos esgrimidos por el “gremio de los tenientes” fueron de diversa índole, pero en resumen apuntaban a que la sociedad había cambiado, que era necesario modernizarse, que un hombre joven del siglo XXI tenía un código de vestimenta distinto, etc. Las posturas de los tenientes fueron lideradas por un entusiasta teniente segundo, cuyo nombre de combate era Jurel, quien exigía con especial énfasis el derecho de usar zapatillas en vez de zapatos.

Terminado el evento de camaradería, reflexioné sobre la mejor forma para orientar a los tenientes respecto de la corrección en el vestir y especialmente tratar de explicar y fundamentar por qué debía ser así.

La primera idea que se me ocurrió fue redactar una OTI, idea que deseché por poco práctica. La segunda fue agregar un capítulo a la Doctrina del Comandante. Finalmente desistí de normar por esa vía, tomé pluma y papel y hoy comparto con los lectores de la Revista de Marina el resultado, el que fue leído a la cámara en presencia del Comandante en Jefe de la Escuadra Contraalmirante Cristián Gantes Young, quién a la fecha izaba su insignia en el destructor:

\* Contraalmirante, Oficial de Estado Mayor. (matpurcell@vtr.net).

Tras larga conversación entretenida  
 en tertulia de buque a la gira sostenida  
 el comandante llegó a la conclusión  
 que había que tomar acción,  
 porque la necesidad existe,  
 de explicarle a los tenientes  
 cómo se viste.

El primer vestido del hombre  
 fue una humilde hoja de parra  
 el pelo largo y sin amarra  
 hacía de tocado en la ocasión.

A la hoja se llegó por penitencia  
 pues la falta de ropa, en potencia,  
 puede llevar a la tentación  
 de darle un mordisco a la manzana  
 perder la vida sana  
 y pasar del Paraíso a la perdición.

Por desnudos fue que pecamos  
 y del paraíso nos vamos  
 a ganar el pan con sudor  
 y ya no sólo por pudor  
 se necesitó del vestido  
 el hombre usó su buen sentido  
 y pasó de la parra a la lana  
 creando la ropa que lo engalana.

Desde entonces es conocido  
 que para evitar castigo tan temido  
 es mejor andar bien vestido.

Establecida la conveniencia y  
 la necesidad del vestir  
 nos corresponde dirimir  
 cuál es la prenda adecuada  
 para cada situación dada  
 en que el hombre debe participar.

La primera regla clara  
 y que sirva de definición  
 la ropa que se use, sin excepción,  
 que distinga siempre,  
 a la dama del varón.

Le sigue como regla  
 el buen gusto asociado  
 de los colores en combinación  
 descartando por anticipado  
 las prendas verde limón.

¿Y para qué tanto trabajo  
 tanto esfuerzo y dedicación  
 para definir la vestimenta adecuada  
 para cada situación?

Para contestar con destreza  
 hay que fijarse en la naturaleza  
 que al colibrí le dio la gracia  
 y al león la realeza.

Por eso, se vería tan raro  
 y disminuido en su grandeza  
 tanto un león emplumado  
 Como un colibrí con melena en la cabeza.

Se puede argumentar y con razón  
 que el hábito no hace al monje  
 pero el buen fraile de corazón  
 no conduce a la confusión,  
 no busca engañar el buen sentido,  
 y quiere ser reconocido  
 en toda la dignidad de su condición.

Por eso viste con galanura  
 sandalias, hábito y tonsura,  
 con dignidad y decoro  
 y que no lo vayan a pasar por moro.

Nos vestimos por lo que somos y representamos

Damos testimonio doquiera que vamos,  
de cual es nuestra condición.  
Nuestro atuendo es señal clara  
de nuestros pasos por la vida  
de la senda elegida  
y de nuestra íntima aspiración.

Como en un pictograma de la vida

la ruta recorrida  
se deja ver en el vestir.  
Y hace a otros sentir  
con estremecida emoción  
envidia, orgullo o compasión  
según la condición del trapo,  
desde el fino casimir al burdo harapo,  
que refleja en cada caso nuestra condición.

El guerrero que se pinta  
muestra que luchará con bravura  
como en el buen fraile su tonsura  
a los cuatro vientos quiere pregonar  
¡nadie se va a salvar  
si disocia esencia de apariencia,  
porque con falta de consecuencia,  
a ningún lado va a llegar!

Y es así como un marino  
que eligió por vocación  
liderar hombres en combate,  
soportar de las olas los embates  
y ser un guerrero de su nación,  
que luzca siempre con orgullo su condición  
que vista con compostura y moderación,  
porque merece de sus compatriotas el respeto  
aunque el sueldo sea escueto.

No hay receta

Quien escribe no es árbitro de la moda  
y hay veces que la vestimenta incomoda,  
dependiendo de la situación,  
aun con jeans, polera y zapatillas  
y aunque lo pidan las chiquillas,  
cuando la ropa no es adecuada para la ocasión.  
Como por ejemplo: para cruzar el portalón.

No se saquen el dormán por el calor.  
Porque es parte de nuestra condición  
soportar rigores e inclemencias  
y apelando a vuestra inteligencia  
les puedo manifestar,  
que el buen criterio no se puede reemplazar.

La investidura de oficial y caballero  
no es la misma que la de un simple obrero  
porque nuestra condición es de autoridad.  
Y no podemos disfrazar,  
al amparo de comodidades y juventudes,  
que se nos exigen virtudes  
para poder liderar y calificar.

La principal virtud es la prudencia  
y el vestir con compostura, dignidad y decencia  
reflejará en nuestra apariencia  
esa fuerte convicción  
que antepoemos deberes a placeres  
y que tenemos claro en nuestra mente  
que estamos al servicio de nuestra gente  
y que servimos con devoción.

Basta la palabra!

El que quiera y el que pueda va a comprender  
que no se puede disponer  
prenda a prenda del oficial la apariencia  
que para eso no hay mayor ciencia  
que el buen juicio, el criterio y la razón.

Vale mucho más que ley severa  
en el rigor de un empaste fino,  
entender que al igual que en un buen vino  
la etiqueta viste a lo que hay en el interior.  
Pues aun con la mejor intención  
nadie compra, ni por desaire,  
de regalo para un carreta y compadre  
un "Gran Reserva" con etiqueta de vinagre.

Reflexión final:

Con zapatillas puestas un jurel  
sigue siendo un buen pescado  
en cambio, con un par de zapatos y bien  
lustrado,  
y aquí termina mi sermón...  
Pasa por jurel tipo salmón.

\* \* \*